

rrenos; Rey que viene a nosotros humilde y manso, pretendiendo reinar por amor en nuestros corazones. haciendo habitar juntos el fiero tigre y la mansa oveja; Rey cuyo reino, como dijo el Angel a la Santísima Virgen, permanecerá eternamente; reino que no es de este mundo, sino que tiene por trono la Cruz, y por corona una dolorosa diadema de espinas; Rey que, apesar de ser desconocido para el mundo, humilla a sus enemigos haciéndoles morder el polvo, y constituyéndose su Juez.

Y por cierto que la institución de esta festividad, se imponía, sobre todo en los tiempos presentes, en que la impiedad parece que redobla sus esfuerzos para arrojar a este legítimo Rey del trono que le pertenece, no sólo por derecho natural, sino también por haberlo conquistado con su preciosa sangre. Nada más justo que, cuando el infierno se agita furioso, cuando la sociedad descreída lanza a Dios de la escuela y el hogar, cuando todo respira indiferentismo y sensualidad; la porción escogida de Cristo, reunida a sus piés, testimonie a voz en grito lo que siempre sintió en el fondo de su alma, proclamándole Rey de los reyes, y Señor de los que dominan; Rey de todos los corazones a quienes atrae por amor, para que reinen con El; justo es que en estos tiempos, en que el príncipe de este mundo pretende de nuevo posesionarse del trono que usurpara, los soldados de la Cruz se esfuerzen intrépidos por extender de Polo a Polo, el reino dichoso del Rey de pueblos y naciones, que sólo por su cruz y amor quiere reinar.

Oportuna también es la fecha designada para esta simpática fiesta: el último domingo de Octubre, o sea después de haber recorrido todo el ciclo del año eclesiástico; de haber visto como nuestro Rey conquista su reino; de haber aprendido que a tal trono no se asciende sino por la mansedumbre, humildad y abnegación de sí mismo, que admiramos desde Belén hasta el Calvario; de haber admirado la sabiduría, poder y amor con que este Rey, dándose todo a nosotros, pretende hacernos sus vasallos, que